

Partir de abajo para cambiar lo de arriba. Notas para pensar las politizaciones en España.

Silvia L. Gil¹

Un torbellino de coaliciones anómalas sacude el espacio institucional

El pasado 24 de mayo se celebraron elecciones municipales y autonómicas en España. Un torbellino de coaliciones ciudadanas irrumpió en el espacio electoral, poniendo del revés el mapa político. Desde las elecciones de 1982, el Partido Popular y el Partido Socialista habían alternado sus gobiernos. Las mayorías se situaban de un lado u otro: el tablero siempre era el mismo, como si solo pudiesen cambiar las figuras. Aunque los discursos de las dos grandes formaciones sean aparentemente diferentes – si es que puede decirse que las diferencias entre el corte neoliberal conservador y el socialdemócrata liberal sean significativas – sus políticas, en la práctica, han resultado muy similares. Así lo constató el gobierno Zapatero con su gestión «dura» en materia migratoria a lo largo de su mandato, con la firma conjunta de la reforma constitucional en 2011, que priorizaba el pago de la deuda por encima del gasto social, y con la negativa de ambos partidos a aprobar la Iniciativa Legislativa Popular, impulsada en 2013 por la Plataforma de Afectados por la Hipoteca y firmada por casi un millón y medio de personas – un clamor social – para modificar la legislación hipotecaria, una de las principales causas de la dramática situación de la vivienda en España. Sin embargo, en estas elecciones, la pérdida de hegemonía de estas dos maneras de gestionar la «crisis»² (que revela una prioridad absoluta a los mercados por encima de las necesidades de las personas) se materializa en las urnas: el bipartidismo parece dar un paso atrás. El PP pierde más de dos millones y medio de votos; el PSOE obtiene el menor número desde 1979, cuando tuvieron lugar las primeras elecciones municipales de la democracia. Para gobernar, ambos deberán llegar a acuerdos con fuerzas políticas emergentes como Podemos y las mencionadas coaliciones. ¿Cómo leer este fenómeno?

Pueden resultar tentadoras dos lecturas rápidas, tanto la de una victoria absoluta de la movilización popular – el asunto no es menor: Barcelona en Comú, liderada por Ada Colau,

¹ Académica da UNAM (Universidade Nacional Autônoma do México)

² «Crisis», entre comillas, puesto que esta palabra fue usada para nombrar el estallido financiero de 2008, que sirvió como justificante de la inyección de millones de euros públicos para salvar a la banca, y que posteriormente dio lugar a las políticas de recortes y privatizaciones. En las movilizaciones sociales, se señaló que no se trataba de una crisis, sino de una estafa. En este sentido, la palabra «crisis» estaba siendo usada para negar la responsabilidad de los dirigentes políticos y de las élites financieras, así como la causa sistémica de la misma (un sistema socioeconómico basado en la acumulación ilimitada). Además, la crisis parecía señalar un corte absoluto con la situación anterior y un problema financiero, cuando: a) la crisis no es nueva para determinados sectores empobrecidos o precarizados de la población, ni en los países del Norte global, pero menos en los países del Sur, que sufrieron la implantación de las políticas neoliberales y los Programas de Ajuste Estructural desde la década de los 80; b) la crisis es multidimensional: no se trata solo de una crisis económica, sino de una crisis ecológica, de cuidados y de salud. Para un cuestionamiento en profundidad de la crisis, véase Orozco, Amaia P., «De vivas vivibles y producción imposible», en *Investigaciones Feministas*, Vol. 1, UCM, Madrid, 2011, pp. 29-53. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=144215>

activista de la **Plataforma de Afectados por la Hipoteca**, alcanza la alcaldía; en la capital, gobernará **Ahora Madrid**, con la ex-magistrada Manuela Carmena como nueva alcaldesa – como la de un simple recambio político con mayor voluntad progresista. No ignorar las dificultades del momento político ni la profundidad de la transformación en marcha requiere poner la mirada en el complejo proceso de politización en el que se enmarcan estas apuestas electorales. Hay que tener en cuenta que son producto de procesos híbridos, múltiples, complejos, marcados por una genealogía concreta de movilizaciones que, en los últimos tiempos, han generado turbulencias irreversibles en el sentido común dominante. Teniendo en cuenta esto, podemos partir de esta especificidad para pensar desde ella a nivel general. ¿De qué formas singulares están hechas las fuerzas que se han presentado a las elecciones? ¿Y qué nos enseñan para pensar la transformación social?

Nuevas miradas para nuevos procesos

Las palabras con las que se han nombrado históricamente las revoluciones – lucha de clases, partido de la revolución, toma del poder, antagonismo izquierda/derecha– no sirven para entender este fenómeno. La movilización ciudadana que ha permitido la irrupción en el ámbito electoral de las nuevas coaliciones no se organiza desde una ideología de izquierda, no se articula en torno a un sujeto homogéneo y sus objetivos no se derivan de un programa político. ¿Significa esto que no existe algún tipo de organización o estructura? Más bien que no podemos analizar un fenómeno novedoso con la mirada de siempre: necesitamos categorías diferentes para acercarnos a la nueva realidad. ¿Qué otras palabras o sentidos ponen en juego estos movimientos? En lugar de que lo determinante sea la ideología (y, por tanto, la retórica de la «toma de conciencia», la necesidad de «formar cuadros» o «educar a las masas»), la movilización tiene lugar a partir de problemas comunes como desahucios, privatizaciones, despidos o, incluso, la misma toma de las instituciones³; en lugar de un sujeto de clase, se asume la complejidad de las posiciones contemporáneas que advino con las transformaciones del trabajo –y que impusieron condiciones de precariedad, flexibilidad, incertidumbre o movilidad –; en lugar de identidades rígidas, se busca lo común en la multiplicidad de experiencias, apelando a cierto humanismo («ciudadanos», «personas»,

³ La idea de partir de problemas comunes puede rastrearse en experiencias anteriores como las Oficinas de Derechos Sociales, que trataron de construir movimiento a partir de la atención de situaciones concretas como las de los trabajadores precarios, migrantes sin papeles o empleadas domésticas. Pero su expansión se produjo con la **Plataforma de Afectados por la Hipoteca**, en la que independientemente de la procedencia, ideología o experiencia política de cada persona, se lucha conjuntamente para revertir el problema de la vivienda. Tanto en las **Oficinas de Derechos Sociales** como en la PAH, la idea es no quedarse en lo particular, sino considerando problemas concretos y reales, producir un cuestionamiento más profundo del orden existente. También pueden percibirse las resonancias con los feminismos y las políticas que hacen de la vida y el cuerpo un campo de batalla; es decir, que tratan de politizar desde la experiencia concreta, no desde esquemas abstractos. Sobre las Oficinas de Derechos Sociales puede verse: Toret, Javier; Martínez, Xavi; y Gil, Silvia L. (2008), «Las oficinas de Derechos Sociales: experiencias de organización y enunciación política en tiempos de precariedad», en Revista *Transversal*, EIPCP (Instituto Europeo para Políticas Culturales Progresivas), disponible en: <http://eipcp.net/transversal/0508/lopezetal/es>. Sobre la PAH, puede rastrearse su web: <http://afectadosporlahipoteca.com/> y el documental recientemente elaborado «7 días con la PAH», disponible en la red: https://www.youtube.com/watch?v=elnjoFVv_Os

«gente corriente»⁴; un humanismo en el que las diferencias no se diluyen, sino que se organizan en un nuevo tejido en red, como expresa el simbólico 99% frente al 1% (la gran masa desde abajo frente a los que portan el monopolio de la riqueza mundial), consigna que surge al calor de *Occupy Wall Street*; y, por último, en lugar de un programa predefinido con anterioridad al proceso en marcha (que lo determinaría y sometería a códigos externos), objetivos elaborados desde dentro, es decir, de manera inmanente.

En la filosofía política contemporánea, hay diferentes perspectivas que tratan de aprehender la complejidad de los significados de lo político que se despliegan en la actualidad. Pero nos interesan especialmente dos que se han puesto en juego en el debate español, referidas a dos tradiciones distintas: la del populismo y la de la autonomía, representadas la primera por Ernesto Laclau y la segunda por Antonio Negri y Michael Hardt. El populismo de Ernesto Laclau, cuya elaboración comienza con el mítico *Hegemonía y estrategia socialista* de 1985 junto a Chantal Mouffe,⁵ interpreta el espacio de lo político como un espacio de disputa del sentido común hegemónico. Para Laclau, las identidades sociales no están predeterminadas, sino que son resultado de un meticuloso trabajo de construcción y articulación política (lo que supone una crítica radical al marxismo ortodoxo, en tanto afirma que no existen condiciones materiales objetivas o naturales suficientes para conformar de manera automática estas identidades, abriendo paso a la consideración de nuevos sujetos políticos⁶). Tampoco puede presuponerse la eficacia de los significantes puestos en escena que permitirán sostener la equivalencia entre diferentes demandas, en tanto se trata de significantes vacíos que deben ser dotados de sentido; un sentido fundamentalmente incompleto (como el significante «pueblo» o el significante «casta»). Esta teoría tiene la enorme virtud de rechazar una postura esencialista como modo de interpretar lo político – no hay sujeto previo ni sentido completo ni totalidad fundante *a priori*; dicho de otro modo, no hay una ontología de las luchas –, retomando las aportaciones del

⁴ A raíz de este problema de la interpelación al humanismo, se produjo un interesantísimo debate. Álvaro Rodríguez escribió un post titulado «Policía del 99%?», en el que narraba la conversación que mantuvo con varios policías que repartían comida en la calle de manera desinteresada; eran los mismos que habían participado en una redada racista poco tiempo antes, y que afirmaron que el problema «son los de arriba» (<https://alfinaldelaasamblea.wordpress.com/2012/12/25/policia-del-99/>). Marina Garcés contestará a este polémico texto con un artículo titulado «El factor humano» en el que cuestiona que la solidaridad y el apoyo mutuo necesiten de un nuevo humanismo que incluye una «moral de misericordia» e ignoraría los efectos del poder contemporáneo: <http://www.nativa.cat/2013/01/el-factor-humano/>

⁵ Laclau, Ernesto y Mouffe (1985/2004), Chantal, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

⁶ «Pero las nuevas formas que ha asumido la conflictividad social han hecho también entrar en crisis otros marcos teóricos y políticos [...]: los correspondientes a los discursos clásicos de la izquierda y a sus modos característicos de concebir a los agentes del cambio social, a la estructuración de los espacios políticos y a los puntos privilegiados de desencadenamiento de las transformaciones históricas. Lo que está actualmente en crisis es toda una concepción del socialismo fundada en la centralidad ontológica de la clase obrera, en la afirmación de la Revolución como momento fundacional en el tránsito de un tipo de sociedad a otra, y en la ilusión de la posibilidad de una voluntad colectiva perfectamente una y homogénea que tornaría inútil el momento de la política. El carácter plural y multifacético que presenta las luchas sociales contemporáneas ha terminado por disolver el fundamento último en el que se basaba este imaginario político, poblado de sujetos "universales" y construido en torno a una Historia concebida en singular [...]» (*Ibíd.*, p. 26).

postestructuralismo y del psicoanálisis. Este cruce de matrices de pensamiento, permite comprender lo político como un campo abierto, apelar a la producción inestable y heterogénea de cualquier unidad, siempre quebrada por la irrupción de lo Real,⁷ así como conceder un peso especialmente relevante a las diferencias – reconociendo la diversidad de posiciones subjetivas que hemos señalado – y a los afectos, en tanto que las identificaciones con un significante no pasan completamente por la razón.

Sin embargo, al hacer del discurso la dimensión prioritaria de disputa, asistimos a un proceso de racionalización en el que el papel del cuerpo queda desplazado. Cuando hablamos de «cuerpo» nos referimos, no a aquello que soporta a un sujeto, sino a la red de materialidades en la que se constituye toda relación. En este sentido, se trata siempre de un cuerpo colectivo que funciona como una máquina con diferentes engranajes (sensitivos, biológicos, psíquicos, memorias colectivas y ancestrales, etc.). La acción política pasa obligatoriamente por esta red de materialidades que es ese cuerpo colectivo, generando conexiones – a partir de la capacidad de afectar y de ser afectado en el sentido deleuziano-spinozista – que no tienen que ver necesariamente con la palabra ni tampoco con una movilización instrumental de las emociones. ¿Qué podemos decir que producen estos cuerpos en conexión? Una dislocación de la palabra: aquello que es inasimilable bajo la idea de «demanda» porque no encontramos palabras con las que expresar lo que requerimos; aquello que no llega a adquirir una identidad social, sino que simplemente se expresa como descontento sin sujeto (como las revueltas de los jóvenes en las *banlieues* francesas en 2005, los disturbios en Londres de 2011 o las recientes marchas en Baltimore, todas ellas a raíz de episodios de represión policial, que no tienen más objetivo que la expresión de un malestar y el rechazo); y aquello, por último, que desborda todo significante por medio de la creatividad: el arte como elemento transformador y productor de sensibilidades. Se podría argumentar que todos estos momentos de dislocación deben ser reconducidos bajo algún tipo de articulación política para que la transformación sea efectiva. Pero la pregunta entonces es de qué modos pensamos dicha articulación, y si no estamos dando por supuesto una con ciertas pretensiones totalizantes. El populismo es útil para señalar que la acción política exige algún tipo de construcción, pero cabe preguntarse tres cosas: si esta construcción se cierra desde arriba o se abre desde abajo; si está dirigida únicamente hacia el Estado o trata de organizarse desde otros niveles según nociones más complejas del poder neoliberal – en tanto poder distribuido sin centro específico –; y, en última instancia, si

⁷ Laclau incorpora la noción de Lacan de lo «Real», de modo que el campo de lo político nunca puede ser completado o totalizado por un significante o discurso. Para Laclau, esta noción permite mostrar la falla de toda representación plena, que abriría el camino hacia un historicismo más radical al no fundarse ni en categorías positivas ni en realidades concretas, sino que por hacer imposible la representación total de cualquier realidad: «La no transparencia del representante respecto del representado, la autonomía irreducible del significante frente al significado, es la condición de hegemonía que estructura lo social desde su misma base y no es la expresión epifenomenal de un significado trascendental que sometería al significante a sus propios movimientos predeterminados. Esta “liberación” del significante frente al significado – la precondition misma de hegemonía – es lo que la barra lacaniana trata de expresar.» (Butler, Judith; Laclau, Ernesto y Žižek, Slavoj, Butler Judith; Laclau, Ernesto y Žižek, Slavoj (2000/2003), *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos de la izquierda*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 71.

propicia el desborde, el exceso, la imaginación y la creatividad. Dicho de otro modo, si estamos dispuestos a perder el control.

Por su parte, la hipótesis de la multitud de Antonio Negri y Michael Hardt (que parte con el un análisis novedoso del poder en *Imperio* publicado en el año 2000, continúa con la teoría de la *Multitud* –2005– y apuesta por una noción de lo común en *Commonwealth* –2009–)⁸, tampoco parece servir para explicar completamente lo que sucede en España. Para ellos, la multitud es el sujeto de la emancipación contemporánea, la alternativa viviente que crece en el seno del Imperio, pero se trata de un sujeto que está ahí desde siempre, que en cierto modo es autoproducido, puesto que la inmanencia absoluta de la que parten los autores exige una universalidad espontánea que subyace siempre a lo social. La multitud se subleva casi automáticamente, pues, según Negri y Hardt, las condiciones sociales de dominación del capitalismo postindustrial generan condiciones idóneas para ello – dada la oportunidad que abre la hegemonía de las comunicaciones para liberal el *general intellect* –, en la medida en que el biopoder – la forma que siguiendo a Foucault adopta el poder contemporáneo – da lugar a una política de la vida cotidiana que se multiplica como contrapoder sin centro específico. En la multitud, convergen rebeldías que dibujan líneas de fuga y formas de vida antagónicas; el objetivo, hacerlas virales, extender la cooperación sin mando, recuperar lo común. Recordemos las hermosas palabras de Negri: «No se puede vivir si no es en la perspectiva de la rebelión, es decir, del esfuerzo por salir de la individualidad y por hacer de la propia una esencia colectiva. La rebelión es el único modo auténtico de construir nuestra singularidad. Rebelión es amor; en el amor la rebelión reconoce la dimensión colectiva de la producción de subjetividad».⁹ De manera muy diferente a la teoría populista, aquí el asunto no radica en un proceso de articulación o construcción, sino en expandir cierta inclinación natural a rebelarse. La teoría de Negri y Hardt permite enfatizar la capacidad de producción colectiva presente en la sociedad y, por tanto, la importancia de un pensamiento de lo común desde una lógica de singularidades en constante apertura, más del lado de Foucault, Deleuze y Spinoza que de un pensamiento de la transcendencia, ya sea a modo del *a priori* histórico de las reivindicaciones económicas postulado por Zizek o de la dialéctica hegeliana.

Pero, como ha señalado Silvia Federici, cabe cierto escepticismo ante las posibilidades de cambio que surgen de un trabajo colaborativo que, efectivamente, puede estar presente en lo social, pero con propósitos indeterminados. La autora se pregunta cómo podemos distinguir la producción de armas bélicas de la crianza si no existe más que la constatación de dicho trabajo cooperativo.¹⁰ Para distinguirlo, sería necesario presuponer cualidades morales intrínsecas a cada actividad. Por otro lado, la unidad de la multitud exige cierta homogeneidad que la permitiría constituirse; homogeneidad que implica a su vez

⁸ Negri, Antonio y Hardt, Michael (2002), *Imperio*, Paidós, Barcelona; (2005) *Multitud*, Debolsillo, Barcelona; (2011) *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Akal, Madrid.

⁹ Negri, Toni, «Autopercepción intelectual de un proceso histórico. Meditando sobre la vida: reflexión entre dos guerras», *Anthropos*, nº 144, Barcelona, mayo de 2003.

¹⁰ Federici, Silvia (2011), «Sobre el trabajo afectivo», en *La revolución feminista inacabada. Mujeres, reproducción social y lucha por lo común*, Escuela Calpulli, México, pp. 77-110, p. 87.

presuponer cierta identidad, la cual resulta difícil no asimilar a los trabajadores varones de las metrópolis del Norte global. Por tanto, es importante indagar en los imaginarios implícitos en el concepto de «multitud». Al abrir esta interrogación, resulta complicado reunir la heterogeneidad de subjetividades implicadas en las plazas ocupadas desde El Cairo a Nueva York bajo el manto de un mismo concepto. La multitud aparece más bien como la idealización de un sujeto presente de manera parcial en un contexto muy determinado. La experiencia revela una serie de contradicciones, conflictos y límites que complejizan la posibilidad de un sujeto positivo y sin fisuras.

Dicho todo esto, avancemos una idea: para analizar lo social en movimiento necesitamos algo de la articulación hegemónica – y, por tanto, algo de la representación y de la mediación – pero también algo de la capacidad creativa que emerge de la ontología del sujeto como singularidad y potencia. Esta ambivalencia entre discurso y creación, equivalencia y singularidad, representación y autonomía, sentido común y diferencia podemos verla explorando el proceso de movilización de largo alcance que ha dado lugar al cambio electoral en España. Es decir, observando las prácticas: las plazas, las acampadas, las mareas, las acciones concretas, los Círculos de Podemos, las coaliciones electorales. No sería solo tomar un poco de un lado y otro de otro, sino de una recombinação diferente que da lugar a nuevas imágenes y sentidos políticos: una articulación en red, una representación imposible, una organización que permite desbordarse a sí misma, una convergencia que acoge realidades dispares. Ahora podemos volver a la pregunta que nos hacíamos más arriba: ¿de qué están hechas las fuerzas sociales que han irrumpido en las elecciones?

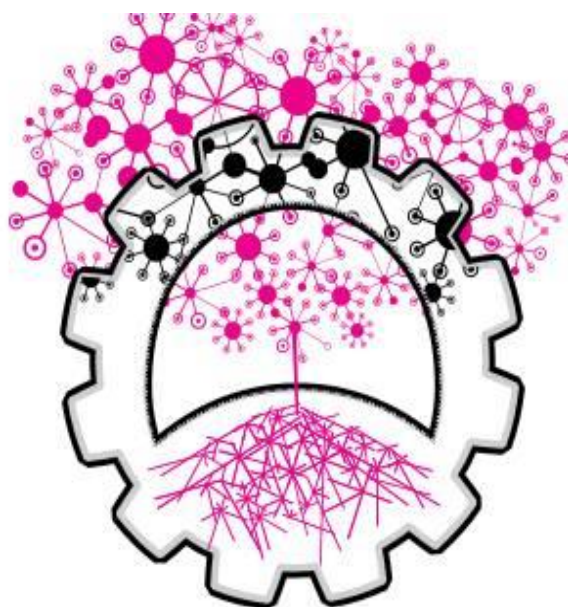


Imagen del proyecto <http://www.laciotatinvisible.coop/> recogida por Javier Toret Medina para expresar la organización compleja, en red, desde abajo, en diferentes capas, nodos y a niveles micro, meso y macro. Puede observarse que no existe un centro del que emanan otros puntos, sino una línea que une lo que podría ser Podemos con las coaliciones municipalistas, y un engranaje que articula el conjunto, pero que, al mismo tiempo, se desborda.

La singularidad de un proceso:

lo que nos trajo el 15M para pensar lo institucional

Las fuerzas políticas que irrumpen en el panorama electoral no son fuerzas políticas convencionales. Son coaliciones anómalas protagonizadas por gente común que comienza a organizarse para recuperar las instituciones de los municipios en los que viven. Para comprender su naturaleza, hay que remontarse a la onda de movilizaciones globales iniciada en 2011 con la *Primavera Árabe*. Solo unos meses después, las plazas de diferentes ciudades de España fueron ocupadas de manera masiva. Entre las primeras pancartas que se hicieron famosas en las redes sociales estaba aquella en la que el dibujo de un sol – en referencia a la Puerta del Sol, primera plaza ocupada en España –, iluminaba el espacio entre las palabras «Tahrir Square». Nació el 15M, una movilización heterogénea en la que se cocinaron a fuego lento dos ideas: necesitamos nuevas formas de participación, así como romper con el régimen político heredado. La estructura-partido no permite canalizar el descontento, menos aún expresar las energías de cambio que entrelazadas entre calles, redes y *mass media* se multiplican y hacen más complejas. La palabra «democracia», de igual modo que otras atrapadas en la cultura dominante, ha sido investida de un determinado significado – votar cada cierto tiempo –, y representa un régimen sometido a intereses privados y aparentemente inamovible. Ante este cierre de sentido, la consigna «Democracia Real» mostraba una verdad – la actual democracia es falsa – y convocaba a una tarea – pensar en qué consistiría una democracia de la gente y cómo practicar algo semejante en el fervor de la revuelta –.

La primera certeza que expresó el 15M fue que habitamos una profunda *crisis de representación política*. Los partidos existentes, implicados en casos de corrupción e incapaces de romper con el pacto entre Estado y mercados, no se consideraban opción de cambio. El éxito de Podemos tiene que ver con tratar de ser lo menos partido posible, un no-partido, así como con representar una alternativa a la hegemonía de los mercados. Por otro lado, se provocó *una crisis de sentido del sistema socioeconómico*. Se hizo colectiva una experiencia individual: sostener la vida en un sistema que prioriza la acumulación provoca malestar porque intensifica la precariedad, nos deja en la intemperie. Frente a este conflicto, asumido en soledad en el día a día, las plazas pusieron al descubierto que vivir no es posible sin el vínculo con los otros, porque nunca se trata de un asunto individual. La profunda comprensión individualizada del sujeto del neoliberalismo niega las materialidades y cuidados que ponen en relación a las personas de manera permanente. En las plazas ocupadas, se extendió esta intuición, más sentida como hartazgo de un modelo agotado que como razón ideológica. El lazo común se convirtió en la materia prima de la que partir. Fue así como una atmósfera de cuidado envolvió a miles de cuerpos que trataron de construir un afuera en el adentro de la ciudad – es decir, no un afuera del capitalismo, sino un agujero en su interior; no una identidad autónoma de unos pocos, sino un proceso de autonomía social – con prácticas ético-políticas diversas. No tanto jerarquías como redes; más afectación entre diferentes que unidades; más trabajo sobre objetivos comunes que programas; más cooperación que competencia; más economía de la vida que estrategia de mercado. Por último, un aprendizaje colectivo sobre la *política de lo imposible*. Parar desahucios, desafiar prohibiciones, tomar espacios públicos e instituciones, decidir en asambleas masivas, organizar marchas multitudinarias, erosionar el sentido común imperante o practicar nuevas formas de justicia desde abajo, contribuye a producir una subjetividad diferente para la que el orden dado ya no es el único relato posible.

En este clima (incomprensible sin las movilizaciones posteriores al desalojo de las plazas: las mareas ciudadanas por la defensa de la sanidad y la educación públicas, así como las cientos de **Plataformas de Afectados por la Hipoteca** que se extienden por todo el país para afrontar miles de desahucios), emergen, primero, Podemos que, con un millón doscientos mil votos en las elecciones europeas, logró situar en el imaginario la posibilidad real de una iniciativa electoral diferente; y, después, las candidaturas municipales, protagonizadas por personas comunes, en ningún caso por siglas de partidos. Un elemento entre los muchos que expresan la singularidad de estas candidaturas ha sido la organización, del modo que comentamos más arriba, en torno a objetivos concretos, nunca en base a siglas de partidos u organizaciones. Otro, la elaboración conjunta de un Código Ético con el fin de prevenir el mal gobierno, así como de sentar las bases de una relación diferente entre gobernantes y gobernados. La inspiración es clara: el «mandar obedeciendo» zapatista.¹¹ Por último, el uso de las nuevas tecnologías para abrir nuevos canales de participación: a través de ellas se han avalado diferentes candidaturas, discutido los programas, publicadas las cuentas de campañas o decidido los asuntos que debían ser prioritarios en los mandatos. Por ejemplo, Podemos abrió su canal en la plataforma Appgree que permite realizar debates y votaciones a miles de personas a tiempo real.

Del mismo modo que Podemos fue desbordado en sus inicios (a los pocos meses de su creación había más de 800 Círculos para impulsar la iniciativa, también en el exterior, donde muchas personas, principalmente jóvenes que tuvieron que abandonar el país, se organizan interpelados por la movilización social: «estemos donde estemos queremos contribuir al cambio»), en estas elecciones la implicación ha sido desbordante. Las coaliciones municipales han sido espacios colectivos de trabajo y organización, no estructuras verticales. El proceso no ha estado marcado por una lógica de representación de organizaciones, sino por la expresión y composición entre diferentes. Las condiciones para participar no han sido otras que las capacidades y saberes de las personas. Estas características no explican por sí solas el éxito en las urnas, ni eliminan los problemas derivados de la política en las instituciones que se intensificarán en los próximos meses, pero muestran una paradoja esencial: la representación siempre contiene algo que hace imposible una representación total, y ésta imposibilidad es la misma condición de la política. Hay que tener en cuenta que en el desbordamiento surgen la creatividad y la imaginación, tramas que seducen y contagian. En este sentido, podemos decir, que la presuposición teórica de que la representación siempre es fallida, debe acompañarse de construir culturas políticas que permitan la reapropiación y el desborde, sentir la potencia colectiva. Una de las lecciones que podemos sacar es que sin experimentación social no pueden crearse instituciones realmente diferentes. En este sentido, el desafío es seguir atravesando lo imposible. O, dicho de otro modo, seguir desbordando desde abajo.

¹¹ El Código Ético de Barcelona en Comú puede verse en: <https://guanyembarcelona.cat/es/codigo-etico-gobernar-obedeciendo/>